

dadanos mas ilustres y bajo el cual hemos prosperado con una fortuna sin ejemplo. Para la defensa de este gobierno toda la nacion está dispuesta á sacrificarlo todo, y por lo mismo debemos á nuestra sinceridad y á las buenas relaciones de los Estados Unidos con aquellas potencias, declararles que *consideraremos peligrosa para nuestra paz y seguridad toda tentativa que hicieren para implantar su sistema de gobierno en cualquiera parte de este hemisferio*. No nos hemos ocupado ni nos ocuparemos en lo concerniente á las colonias hoy existentes, ó territorios dependientes de cualquiera potencia europea. Pero tocante á los gobiernos independientes que se han formado, que sostienen su independencia, y que hemos reconocido aquí como tales despues de maduro examen y dejándonos guiar por los principios de justicia, no podremos menos de mirar como una manifestacion de sentimientos hostiles á los Estados Unidos toda intervencion de cualquiera potencia europea con el fin de oprimir á estos pueblos y gobiernos ó de imponerles otro destino que el que se han dado. En la guerra entre los nuevos gobiernos y España hemos declarado nuestra neutralidad al reconocer su independencia, y esta conducta hemos seguido y seguiremos observando siempre que no ocurran sucesos que exijan, á juicio de las autoridades por que se rige este gobierno, una modificacion de la conducta de los Estados Unidos en vista de su propia seguridad.

»Los sucesos ocurridos poco há en España y Portugal demuestran que en Europa no está todavía todo ordenado y firme, y la mejor prueba de esto es que las potencias aliadas han juzgado conveniente intervenir por la fuerza, en virtud de un principio suyo, en los asuntos interiores de España.

»La cuestion de determinar dónde este principio permite llevar la intervencion armada, interesa á todos los Estados independientes y que se gobiernan por principios diversos de los de aquellas potencias, hasta á los mas distantes y á los Estados Unidos tanto como al que mas. La política que hemos adoptado tocante á Europa al principio de las guerras que durante tanto tiempo han conmovido aquella parte del mundo, continuará siendo la misma; quiere decir que no nos mezclaremos en las cosas interiores de ninguna de sus potencias y que para nosotros serán gobiernos legítimos los que están en el poder. Con todos estos gobiernos nos esforzaremos por mantener relaciones amistosas, por conservarlas con una política vigorosa, varonil y franca, y por condescender siempre con todas las pretensiones justas, sin sufrir ofensas de ninguna. Mas tocante á los dos continentes americanos, son enteramente distintas las circunstancias. Las potencias aliadas no pueden introducir su régimen político en ninguno de los dos continentes americanos sin poner en peligro nuestra paz y felicidad; ni es por lo demás de creer que nuestros hermanos (de la América) del Sur, por su propio impulso, admitan semejante régimen si se les deja disponer libremente de su suerte. Por esto mismo tampoco podemos nosotros mirar con indiferencia semejante intervencion bajo cualquiera forma que se presente. Si consideramos las fuerzas y recursos de España y de los gobiernos (hispano-americanos) hace poco tiempo formados, y la distancia que separa á aquella de estos, es evidente que la primera jamás llegará á someterlos. Hoy como antes es acertada la política de los Estados Unidos de dejar á los diferentes partidos completa libertad de accion, y es de esperar que otras potencias harán lo mismo.»

Morse, el biógrafo de Monroe, dice (1): «Paréceme que Monroe apenas sospechó el efecto perdurable que producirían sus palabras. Escribió lo que era convicción suya, y lo

(1) John T. Morse: *James Monroe*.

que sabia ser la convicción de otros muchos. Expresó su firme creencia porque lo exigía su carácter oficial; y sabiendo que sus ideas podian ser comentadas erróneamente y tergiversadas, la manifestó despues de haber consultado con su gabinete, y porque era oportuno expresarla; pero no creo que haya considerado la exposicion de esta convicción como obra de su propio impulso. Si hubiese sido mero capricho suyo hacer saber su convicción personal, esta manifestacion indudablemente habria sido muy mal recibida por el congreso y habria provocado protestas en el extranjero. Pero lo que manifestó era no solamente la opinion predominante entonces sino tambien la de épocas anteriores; era ya opinion tradicional que se habia ido extendiendo y habia adquirido derecho de ciudadanía, y por esto fué admitida y sancionada como ley. El examen de las opiniones manifestadas por otros hombres de Estado de la república, anteriores á Monroe, demuestra el desarrollo gradual de la doctrina de Monroe, que principiando por ser idea vaga y rudimentaria se fué precisando en el trascurso del tiempo hasta llegar á ser doctrina clara y bien definida.»

Los anglo-americanos consideran la doctrina de Monroe como una de las obras mas gloriosas de su nacion, y creen que con ella conquistaron la categoría de gran potencia; pero lo cierto es que la proclamacion de esta doctrina mal podia asegurar á la gran república un puesto respetable en el consejo de las naciones mientras por un lado predicaba la libertad individual más lata y protegía por otro la esclavitud. Además, falta saber si los Estados Unidos habrian hecho respetar esta doctrina con las armas si á alguna potencia europea hubiese convenido no hacer caso de ella. La proclamacion de la doctrina no produjo entonces ningun efecto material en Europa: los monarcas de la Santa Alianza tenian bastante trabajo en su casa para poder dedicarse á hacer con su régimen monárquico-absolutista la felicidad de los pueblos españoles en la América del Sur, si es que alguna vez tuvieron seriamente este propósito. A los pocos años empezaron á tambalearse varios tronos, y los fieros monarcas de Europa juzgaron prudente, de buen ó mal grado, abandonar á los pueblos americanos á su suerte.

Inglaterra, en cambio, que podría haber intervenido en América, porque Canning, el jefe del gabinete, era mas monárquico que liberal, prefirió aprovechar la ocasion, favorable entonces, para celebrar con las jóvenes repúblicas hispano-americanas ventajosos tratados de comercio.

La contienda entre proteccionistas y libre-cambistas, que empezó á enardecer los ánimos en los Estados Unidos en el año 1816, se hizo sentir naturalmente tambien durante las dos presidencias de Monroe en cada legislatura, y principalmente en la que se abrió en 1.º de diciembre de 1823 y se cerró el 27 de mayo del año siguiente. Clay era el jefe del partido proteccionista, que tenia su apoyo principal en los Estados del Norte, mientras los del Sur eran libre-cambistas. Pensilvania y los Estados del Oeste se inclinaban mas al sistema proteccionista que al libre cambio, y dieron la victoria al primero en la cámara de representantes y en el senado cuando, despues de diez semanas de discusion, se votó en la cámara por 105 votos contra 102 y en el senado por 25 contra 22, la ley que recargaba los productos extranjeros á su importacion en los Estados Unidos con un derecho protector, aunque bastante moderado. Esta relacion estrecha entre la cuestion económica y la esclavista se explica si se considera que los productores de algodon eran tambien los que mas esclavos poseían y necesitaban; y como el principal y casi único mercado de algodon era la Inglaterra, temian que esta impusiera un fuerte derecho sobre el algodon americano si los Estados Unidos recargaban las

mercancías inglesas con fuertes derechos á su introduccion en América.

La revolucion y la guerra de independencia del pueblo griego encontraron muchas simpatías en los Estados Unidos, pero auxilio ninguno. Los poetas de moda entonces, Percival y Halleck, ensalzaron al pueblo griego en sus versos, y los que habian recibido una educacion literaria lucieron con este motivo sus conocimientos de la historia, mitología y literatura griegas; pero á esto se redujo todo.

Lentamente progresaron los trabajos de reconstruccion del Capitolio de Washington, dirigidos por el arquitecto irlandés Hoban. En 1819 estaba reconstruido el palacio, llamado «la Casa Blanca,» del presidente y las dos alas laterales del Capitolio, pero se trabajaba todavia en la parte central y su cúpula. El senado ocupaba el ala del Norte y la cámara de representantes la del Sur, cuya sala de sesiones tenia condiciones acústicas tan malas que los oradores no podian ser oídos.

Los escritos de los contemporáneos pintan la vida en la capital federal durante las dos presidencias de Monroe de un modo poco halagüeño. La ciudad continuaba en estado de embrión y ofrecía un aspecto muy mezquino, por no decir miserable; cerdos y vacas pacian en sus calles, no empedradas todavia, señaladas por contados edificios no concluidos y separados por larguísimos techos sin edificar. Entre las mejores casas particulares difícilmente se encontraba una docena que pudiesen haber satisfecho las pretensiones de una familia modesta. Las familias de los empleados vivian aisladas, porque los caminos, ó si se quiere, las calles, no estaban alumbrados de noche, y además se ponian intransitables cuando llovía, y los coches, que constituían el gran lujo, se quedaban atascados en los baches. El gobierno ofreció á los embajadores extranjeros terreno gratis para que edificasen en él sus palacios de embajada; solo el de Portugal aceptó el terreno, pero no edificó. No habia mas que una fonda medianamente decente, y los forasteros tenian que acudir á la hospitalidad de familias conocidas. En verano era la ciudad un desierto, lleno de mosquitos y de toda clase de sabandijas, amén del hedor pestilente que llenaba la atmósfera. Hacia el invierno llegaban los diputados, senadores y empleados del parlamento con multitud de especuladores de toda clase; no faltaba tampoco el bello sexo, pero faltaba la vida social; los comestibles eran baratos, pero la vida algo regalada costaba cara, porque faltaban todas las comodidades. La tertulia del embajador francés Neuville era la más renombrada; allí eran admitidas sin dificultad todas las personas de ambos sexos de la buena sociedad, siendo la admiracion de todos los americanos la artística y caprichosa cocina francesa, mientras horrorizaban á los fanáticos puritanos los bailes que en la embajada se daban hasta en los domingos y dias festivos.

Monroe, de constitucion robusta, se presentaba en todos los actos oficiales con dignidad y sencillez; recibía á todo el mundo que solicitaba audiencia; escuchaba, pero hablaba poco, como acostumbrado á pensar y á reflexionar. Su traje solia ser sencillo y negro, á veces semi-militar. Estaba casado con una rica americana educada en Paris, donde se la nombraba *la hermosa americana*. Tenian de su matrimonio dos hijas, Elisa y María, que se casaron despues.

La señora presidenta y sus dos lindas hijas hacían los honores en las recepciones de la Casa Blanca, que se celebraban los miércoles. Entonces toda la casa estaba alumbrada profusamente con bujías de cera, en las chimeneas ardían robustas ramas de tejo americano, criados negros con librea oscura de botones dorados presentaban á los invitados vino y refrescos.

Los diputados y senadores aristócratas, es decir, los gran-

des propietarios del Sur, se distinguían mas por sus despilfarros, que á menudo excedían de sus recursos. Jugaban grandes sumas, Clay perdió una noche algunos miles de pesos, lo cual llenó de horror á aquella sociedad hipócrita. Tampoco faltaban otros escándalos, uno de ellos el duelo entre los dos comodores Barrou y Decatur, el primero de los cuales salió gravemente herido y el segundo quedó muerto. A su entierro asistieron cerca de diez mil personas.

Monroe, al dejar la presidencia, en 4 de marzo de 1825, se retiró á la vida privada, despues de haber gastado su hacienda en el servicio de su patria. La gratitud de sus conciudadanos le acompañó á su retiro, pero no fué tan lejos que bastara á dispensar al anciano servidor de los cuidados materiales de la existencia, los cuales no debieron de ser pocos cuando el francés Lafayette le ofreció con delicadeza la cantidad que necesitaba. Monroe tuvo el buen tacto de no aceptar; y tampoco aceptó destino alguno en la administracion de su país, porque, segun su opinion, el hombre que habia sido presidente de la república no debía figurar ya en la vida oficial. Aceptó, al lado de Madison y Jefferson, el cargo de rector de la universidad de Virginia y tomó parte en la elaboracion de una constitucion de este Estado. Murió el 4 de julio de 1831 en Nueva York á la edad de 73 años.

Tocante á la vida religiosa, en las regiones del gobierno prevealecia al parecer una corriente liberal. Everett, el capellan de la cámara de representantes, orador brillante é instruídísimo, pertenecía á la secta de los unitarios, cuyo dogma capital era la unidad absoluta de la esencia divina, doctrina diametralmente opuesta al catolicismo y al protestantismo tanto luterano como reformado, presbiteriano y episcopal. En cambio el capellan del senado pertenecía á la secta metodista, secta protestante democrática en concepto del gobierno de la Iglesia. A excepcion del Massachusetts, la Iglesia en todas partes se hallaba completamente separada del Estado, y ciertamente no en daño de la primera, conforme lo prueba la historia hasta la evidencia. En el Massachusetts no se introdujo la tolerancia religiosa hasta el año de 1833, cuando en New-Hampshire existía ya en 1819.

En 1754 la poblacion de todas las colonias que despues formaron los Estados Unidos no llegaba á millon y medio; en 1790 llegó el número de habitantes á 3.929.000; en 1800 á 5.303.000; en 1810 á 7.240.000, y en 1820 á 9.638.000.

La poblacion de los diferentes Estados en 1820 era como sigue:

	Habitantes
Virginia . . . . .	975,000
Nueva York . . . . .	959,000
Pensilvania . . . . .	810,000
Carolina del Norte . . . . .	556,000
Massachusetts . . . . .	472,000
Carolina del Sur . . . . .	415,000
Kentucky . . . . .	407,000
Maryland . . . . .	381,000
Connecticut . . . . .	262,000
Tennessee . . . . .	262,000
Georgia . . . . .	252,000
New-Jersey . . . . .	246,000
Ohio . . . . .	231,000
Maine . . . . .	229,000
Vermont . . . . .	218,000
New-Hampshire . . . . .	214,000
Luisiana . . . . .	77,000
Rhode-Island . . . . .	77,000
Delaware . . . . .	73,000
Mississippi . . . . .	40,000
Indiana . . . . .	25,000
Colombia (distrito) . . . . .	24,000
Misuri . . . . .	21,000
Illinois . . . . .	12,000
Michigan . . . . .	5,000



En 1820 era ya Nueva York el Estado mas populoso, y los demás seguian, en concepto de poblacion, en el órden siguiente:

	Habitantes
Nueva York. . . . .	1.373,000
Virginia. . . . .	1.065,000
Pensilvania. . . . .	1.049,000
Carolina del Norte. . . . .	639,000
Ohio. . . . .	581,000
Kentucky. . . . .	564,000
Massachusetts. . . . .	523,000
Carolina del Sur. . . . .	503,000
Tennessee. . . . .	423,000
Maryland. . . . .	407,000
Georgia. . . . .	298,000
Maine. . . . .	298,000
New-Jersey. . . . .	276,000
Connecticut. . . . .	275,000
New-Hampshire. . . . .	244,000
Vermont. . . . .	236,000
Luisiana. . . . .	153,000
Indiana. . . . .	147,000
Alabama. . . . .	128,000
Rhode-Island. . . . .	83,000
Mississippi. . . . .	75,000
Delaware. . . . .	73,000
Misuri. . . . .	67,000
Illinois. . . . .	55,000
Colombia. . . . .	33,000
Arkansas. . . . .	14,000
Michigan. . . . .	9,000

El territorio colonizado habia aumentado en el año 1800, en un decenio, en la proporcion de 27'4 por ciento; en el de 1810, en la de 33'4, y en el de 1820 en la de 24'7.

La superficie colonizada era como sigue:

Años	Kils. cuads.
1800. . . . .	791,783
1810. . . . .	1.056,577
1820. . . . .	1.317,577

La densidad de la poblacion creció en la proporcion siguiente:

En 1800 se contaban por kilómetro cuadrado 6'7 habitantes; en 1810, 6'8, y en 1820, 7'8.

Ciudades de 8,000 á 12,000 habitantes habia en 1790 una, en 1800, una; en 1810, cuatro; en 1820, tres: ciudades de 12,000 á 20,000 habia en 1790, tres; en 1800, ninguna; en 1810, dos; en 1820, cuatro; ciudades de 20,000 á 40,000, en 1790, una; en 1800, tres; en 1810, tres; en 1820, dos; ciudades de 40,000 á 75,000, en 1790, una; en 1800, dos; en 1810, ninguna; en 1820, dos: ciudades de 75,000 á 125,000, en 1790, ninguna; en 1800, ninguna; en 1810, dos, y en 1820, dos (Nueva York y Filadelfia).

Véase ahora el aumento de la poblacion negra en los mismos períodos.

Años	Poblacion negra	Relacion con la poblacion total	Aumento en un decenio
1790. . . . .	757,208	19'27 %	
1800. . . . .	1.002,037	18'85	32'20 %
1810. . . . .	1.377,808	19'00	37'50
1820. . . . .	1.771,656	18'39	28'58

Desde 1784 hasta 1794 inmigraron escasamente, un año con otro, 4,000 personas, y desde 1794 hasta 1810, apenas 6,000 personas anualmente. Desde 1810 hasta 1817 menguó la inmigracion por la inseguridad y dificultad de la navegacion, pero á contar desde este último año fué aumen-

tándose rápida y constantemente; en 1817, contando los viajeros, que eran pocos, llegaron á los puertos de la Union 22,240 extranjeros. En 1819 organizó el gobierno un registro de emigrantes que fueran llegando, y desde el 30 de setiembre de este año data la estadística exacta. Desde la conclusion de la guerra de la independencia hasta esta última fecha calculóse la inmigracion en 250,000 individuos. En los últimos tres meses del año 1820 inmigraron 8,335, y desde entonces hasta 1830 llegaron 143,078 personas.

CAPITULO IX

JUAN QUINCY ADAMS

Los hombres que habian presenciado ó hecho la guerra de la independencia y fundado la república federal, habian bajado uno tras otro al sepulcro, y los que todavia continuaban entre los vivos estaban gastados y decrepitos. Nuevas manos mas jóvenes deseaban empuñar el timon del Estado; pero la nueva generacion que ocupaba la escena no miraba ya á los candidatos que ambicionaban suceder en la presidencia á Monroe con aquella veneracion y aquel respeto que habian merecido al pueblo norte-americano los fundadores de la república. Los partidos que antes se habian combatido tampoco existian ya, no habia federalistas, y los republicanos particularistas ó demócratas, que les habian vencido, sufrieron á su vez el destino que Jefferson les habia pronosticado. Vencedores y fuertes, se habian dividido en nuevos partidos. Así fué que ninguno de los nuevos candidatos á la presidencia tuvo la gran mayoría de votos que habian tenido sus predecesores; cada uno estaba protegido por un grupo de amigos y aun de Estados, pero de allí no pasaba, ni habia ya el entusiasmo de antes, sino un regionalismo mayor que hizo la eleccion mas difícil. Esta vez figuraron como candidatos en primera línea Crawford, ministro de Hacienda; Quincy Adams, que lo era de Estado; Calhoun, ministro de la Guerra; Clay, presidente de la cámara de representantes, y Andrés Jackson, general y senador. En segunda línea figuraban Gallatin, Lowndes, que en 1816 capitaneó en el congreso al partido proteccionista junto con Clay y Calhoun, Witt Clinton, su adversario Tompkins y algunos otros. Quincy Adams estaba apoyado por Nueva York y los Estados del Norte, Clay por Kentucky y Ohio, Crawford por la Virginia y Georgia, Jackson por la Pensilvania, Tennessee y varios Estados del Sur; pero ninguno de ellos era el candidato exclusivo de estos Estados: muchos de ellos querian ser presidentes sin gastar nada para conquistar votos, y no habia entonces agentes electorales. Adams reunia mas cualidades que le recomendaban para la presidencia, pero no era popular en los Estados del Sur ni sabia hacerse simpático. Muchos encontraban á Calhoun demasiado joven para presidente de la república. Jackson no tenia simpatías en el Norte; Clay era para los poderosos del Sur demasiado proteccionista; en una palabra, ninguno de los candidatos podia contar con una mayoría imponente.

La historia política de los Estados Unidos coincidía en aquella época con la de los personajes mas prominentes, y es por lo mismo conveniente dar algunos pormenores referentes á estos.

Juan Quincy Adams contaba á la sazón 57 años y era el candidato preferido de todos aquellos electores que creian indispensable para pretender la presidencia haber pasado por todo el escalafon de la administracion pública. Quincy Adams era metódico en todo, trabajador incansable, y como verdadero hijo de los Estados del Norte y puritano, no conocia el lujo ni refinamiento de los goces de la vida. Sobrio y severo, era impropio para la sociedad vividora y hasta para

la de sus amigos. Era demócrata, ó sea republicano particularista, pero tibio, uno de los tráfugas del campo federalista del Norte del año 1807, y proteccionista moderado. Se decia que en las conferencias de Gante se habia mostrado inclinado á sacrificar el derecho de navegacion en el Mississippi en cambio del de la pesca en las aguas del Canadá; y si bien se justificó de esta acusacion en un folleto que publi-

có, desconfiaban de él los habitantes de los Estados y territorios de la cuenca del gran rio, ó sean los llamados del Oeste. Era hombre sumamente desconfiado é inclinado á ver en todo móviles maliciosos y bajos, como lo prueban innumerables datos que confió á su *diario*, que hemos tenido ocasion de mencionar repetidas veces. «Clay, — dice en una de estas notas, — es como Randolph benévolo con intencion



Juan Quincy Adams

aviesa.» En otra dice del mismo: «Me ataca sin escrúpulo, ora con cábalas ocultas, ora con rudeza en sus discursos públicos. En el congreso todo gira alrededor de intrigas y el gobierno corre el peligro de degenerar en cábalas y pendencias.» Posteriormente, al concluir su presidencia, hubo una aproximacion entre Adams y Clay, que no tuvo mas resultado que contribuir á la victoria del competidor de ambos, el general Jackson.

Crawford contaba 52 años y era en sentido de muchos el candidato legítimo, pues que habia sido ya en las elecciones de 1816 rival de Monroe. Tambien habia modificado con el tiempo su asperidad federalista. Dificilísima habia sido su posicion de ministro de Hacienda durante la gran crisis monetaria, y se le habia acusado públicamente de haber tenido

preferencias con determinados bancos y haber empleado fondos del Estado para proporcionarse amigos y votos. El congreso nombró una comision informadora que nada encontró que justificara la acusacion, por cuya razon fué absuelto. A la verdad, que en lugar de haberse enriquecido estaba medio arruinado. Aun siendo ministro, habia fomentado constantemente la oposicion é intrigado contra el gobierno de que formaba parte y contra el presidente Monroe, el cual, á pesar de tener pruebas de sus manejos, no quiso desprenderse de él, como sus amigos le aconsejaron, al ser reelegido presidente. Crawford, en una entrevista que tuvo con Monroe en la Casa Blanca, se expresó tan groseramente que el presidente estuvo á punto de llamar á sus criados para que le arrojaran á la calle; Crawford entonces dió satisfacciones,